

# Las mil y una primeras veces

Magdalena Báez



NO IMAGINÉ QUE A LOS 12 AÑOS marcaría mi vida. No es aquella caída que deja huella en el codo o el brazo cuando torpemente saltas del columpio en pleno vuelo. En la primera clase del primer día del primer año de la secundaria llegó. Para entonces ya me habían dado el primer beso, debería decir, me habían robado el primer beso. Una cálida lengua jugosa había penetrado en

aquella cavidad en la que sólo se me había ocurrido insertar, por placer, paletas. No entendí, perdí la sensación de los labios, lo único que recuerdo es otra lengua, me estorbaba. Así se arruinó el primer beso.

Si a la adolescencia le falta experiencia, le sobran iniciaciones. En aquel primer momento de la educación secundaria apareció. No era el primero al que me acerqué con cierta curiosidad. La verdad, las niñas regularmente me decepcionaron: preocupadas por su belleza, pulcritud y buena letra, no dejaban ni por una vez de contenerse. En contraste, los niños desplegaban libertad y poca preocupación. Encontré a mi primer mejor amigo en el mundo antes que a una mejor amiga y estuvo sentado en el pupitre de al lado los tres últimos años de la primaria. Ese primer día de escuela

lo extrañaba. Fue quizás el primer impulso, buscaba un mejor amigo en sustitución de aquél que había dejado atrás. Si bien sus ojos grandes y azules, su cabello rizado y castaño claro lo distinguían, lo primero que llamó mi atención fue que, sentado en la última fila de la primera línea y en la primera clase del primer ciclo de la educación secundaria, pidiera al maestro que escribiera más grande la letra en el pizarrón. Poco sirvió esa solicitud, lo cambiaron de lugar a la primera fila.

—Pide cita con el oculista para tu primer par de lentes —comencé la plática a la salida del salón para el primer descanso. Tuve que oír entonces una larga historia sobre cómo había perdido ya varios lentes. Pronto encontré un nuevo mejor amigo, si no mejor que el primero, sí más listo y, sobre todo, colaborador en las materias en las que yo no daba una, y viceversa. Así pasó ese primer trimestre de la secundaria, con buenas calificaciones y un amigo, y así los tres siguientes hasta terminar el año.

La primera semana de vacaciones recibí una llamada en mi casa —debo agregar que cursé la secundaria entre 1987 y 1990, y el primer celular que vi fue con mis tíos en Texas, un Motorola Dyna TAC 3200, en 1994—. En ese entonces la mayoría tenía teléfonos fijos y en cada esquina podías levantar el auricular del teléfono público y llamar sin costo; corrías con suerte si encontrabas un teléfono que funcionara en el primer intento. En aquella ocasión mi amigo me llamaba para invitarme a jugar. El primer verano de la secundaria lo pasé en las canchas de volibol de la cuadra jugando cualquier cosa.

El primer día de clases llegó rápido y con ello una declaración, la primera vez que me pidió fuéramos novios me ganó la risa y contesté que era obvio: yo no tenía novios. Fragmentada nuestra intimidad de amigos por la declaración amorosa, me encontré un poco aislada esa semana. Sin embargo, el sábado recibí una llamada, mi primera invitación al cine. Por supuesto llevamos chaperón, mi hermana menor y un amigo suyo. Todos, en el auto conducido por mi mamá, llegamos a una sala de cine —los conjuntos cinematográficos aún no existían—. A media película, escuché la primera solicitud de un beso, no hice caso. Volvió a pasar, otro beso robado, en esta ocasión unos labios chocaron con los míos tierna y temblorosamente. En revancha argumenté que yo solo besaría a un novio y pregunté si él lo sería desde ese momento.

El primer amor llegó en forma de amistad, no lo distinguí hasta años después. La primera vez que me di cuenta estaba ya lejos. Hoy queda toda esa amistad. Desde entonces besé primero y procuré ser la primera en decir adiós. Por supuesto, hubo mil y un primeras veces en las que besé y robé besos. ■■